



EL COMELIBROS POR *Álvaro Bisama*

LOS TIPÓGRAFOS

A veces Valparaíso depara sorpresas. Hace un par de semanas, en la misma mañana en que escuché al diseñador JKO Contreras exponer largamente sobre la vida y obra del tipógrafo Mauricio Amster (1907-1980), asistí a una muestra donde se recuperaba la obra del poeta visual Guillermo Deisler (1940-1995)

No sé si ellos se conocieron. Puede que sí, puede que no. No en vano, los separan dos generaciones. Amster, polaco, llegó en el Winnipeg escapando de la España franquista y en un abrir y cerrar de ojos cambió la ciencia del diseño del libro en Chile. Trabajos firmados por él son tan públicos como secretos: miles de volúmenes que incluyen las portadas de *Hijo de ladrón* y *Patas de perro* y el diseño de colecciones completas de *Nacimiento* y *Universitaria*. Deisler, por el contrario, desarrolló sus trabajos (con obras como

GRRR y la revista *UNI/vers*) acá y en Europa, donde terminó exiliado. Pieza clave y perdida de la poesía visual chilena, su trabajo puede servir de puente oculto entre referentes tan disímiles como Cecilia Vicuña, Juan Luis Martínez o Felipe Cussen.

Me invento una ficción: la distancia que separa a Amster de Deisler también los une. Habitaron el mismo lugar en distintos momentos y para ambos el exilio puede ser una lengua o un destino. Uno llegó a Chile y el otro tuvo que irse. El primero unió cuerpo y alma del libro (parafraseando a Bernardo Subercaseaux) y el segundo trató de separarlos buscando el lugar donde la palabra se desintegraba o se convertía en mera imagen. Ambos concibieron a

la letra como un terreno fértil o estéril ejecutando sus disciplinas (el diseño o la poesía) como oficios limítrofes, donde era posible desembarazarse de viejas nociones y hacer memoria mientras se profundizaba en lo nuevo. Ambos pensaban tal vez en la tipografía como la última forma de la vanguardia o a la vanguardia como el punto de no retor-

LA DISTANCIA QUE SEPARA A AMSTER DE DEISLER TAMBIÉN LOS UNE. HABITARON EL MISMO LUGAR EN DISTINTOS MOMENTOS Y PARA AMBOS EL EXILIO PUEDE SER UNA LENGUA O UN DESTINO. UNO LLEGÓ A CHILE Y EL OTRO TUVO QUE IRSE.

no de la tipografía. Puede ser. Perfectos desconocidos y a la vez enemigos íntimos, basta mirar los trabajos de Deisler para darse cuenta de que quiere dismantelar el universo en que tan cómoda-

mente habita Amster: sus collages juegan con las grafías, parodian colofones, tergiversan imágenes hasta lo ininteligible, hacia las posibilidades dolorosas y volátiles de su dispersión.

No es una coincidencia extraña: es como si la modernidad que Amster instala respecto al objeto del libro (en Chile, por lo menos) a Deisler no le bastara y que para acercarse a él no le quedara más que la parodia, la modulación en una lengua agotada.

Por supuesto, así se explica la distancia generacional. Amster diseña libros para formar comunidades, para encontrar camaradas (Rojas o González Vera) en el mundo de la cultura, para comprender el pasado (la tradición literaria) como un lugar para honrar y

vivir. El trabajo de Deisler, por el contrario, habla justamente de la destrucción de esa comunidad, de la sensación de habitar un universo donde la violencia ha poseído a la letra hasta dejarla vacía, como un montón de signos huérfanos y despojados de sentido. Ubicados uno en las antípodas del otro, Amster y Deisler pueden funcionar como un padre e hijo que no llegaron a verse jamás. Ambos, peligrosamente, son parte de un universo medio olvidado. Su obra nos habla de un país extranjero que irónicamente pensamos como nuestro. Son los secretos de un siglo XX que apenas conocimos. Imágenes que, hoy por hoy, nos conmueven y nos deslumbran en tanto memoria; caligrafías inentendibles de las escrituras que nos antecedieron habitando esa casa común que es el patio del canon, al modo de un museo de cera o una nave espacial sin ningún piloto a la vista.